

ciudad –permaneciendo éste así como un asunto de mujeres–, quizás ello tenga que ver también con el tardío desarrollo del «Estado del Bienestar» en nuestro país –algo así como haber «llegado tarde». Como analiza la autora, la presencia del Estado en otros países ha sido con frecuencia escasa en las primeras fases de incorporación de las madres al empleo, pero en muchos casos se ha compensado después con una importante actividad pública al normalizarse la doble ocupación de las mujeres. Si ello no ocurre, la inacción del Estado produce efectos negativos, y la temporalidad y precariedad del trabajo femenino o la escasa fecundidad son fieles indicadores de tal situación.

Se hace necesario, por tanto, que la sociedad asuma el cambio social que las mujeres están protagonizando, máxime si entendemos que la actividad laboral femenina es una necesidad no sólo de las familias, sino también de la economía en su conjunto.

La autora concluye proponiendo una serie de dispositivos principales para abordar los problemas concretos más acuciantes que se plantean hoy en relación con la conciliación del trabajo y el cuidado de los hijos: los permisos parentales para el cuidado familiar; los servicios públicos de cuidado de niños; y diversas formas de asignaciones monetarias para el cuidado de los mismos.

Un enfoque integral del problema supondría ir más allá y partir de las transformaciones en las relaciones de género y en la familia. Como denuncia la autora, es el esfuerzo y el exceso de responsabilidad de las mujeres lo que está permitiendo que el mundo del trabajo, los hombres y el Estado no se den por aludidos ante la transformación que estamos experimentando. Pero el creciente malestar de las mujeres acabará por pasar la factura a todos los concernidos por este cambio social, que es al fin y al cabo de lo que se trata, aunque sea para no seguir creyendo que el futuro es sólo un asunto de mujeres.

## Avisos para navegantes

Paloma Alcalá y Oliva Blanco

Los graves disturbios que asolaron recientemente París y otras ciudades francesas ponen de plena actualidad el libro *Ni putas ni sumisas* publicado en 2004 (un año después de su aparición en Francia) por Ediciones Cátedra en colaboración con la Universidad de Valencia en su colección Feminismos. El libro de Fadela Amara plantea en toda su crudeza, como una especie de premonición, la situación de violencia existente en la *banlieu* parisiense varios años antes de que estallaran en el



Fadela Amara  
(con la colaboración de Sylvia Zappi)  
*Ni putas ni sumisas*  
Cátedra-PUV-Instituto de la Mujer,  
Madrid, 2004, 180 págs.

país vecino los recientes conflictos que han conmocionado a la opinión pública europea. El libro narra de forma directa y autobiográfica cómo surge a partir de los años ochenta del pasado siglo el malestar en los suburbios, mayoritariamente habitados por población de origen inmigrante.

Inicialmente, la protesta se articuló en torno a movimientos mixtos (de varones y mujeres) nacidos y educados en Francia conocidos como *beurs* y *beurettes*\* y cuyo lema era «No toques a mi colega», con un sentido sociopolítico y de reivindicación de mejora de las condiciones sociales de esos barrios. Como dato significativo merece la pena destacar que el movimiento SOS-Racismo se origina en este contexto y situación.

Pero a partir de 1990 las mujeres comienzan a percibir cómo su propia situación en estos barrios empeora. En palabras de Fadela Amara empieza una «deriva masculina», que consiste en que «los hombre jóvenes son

(\*) *Beurs* designa a los inmigrantes magrebíes de segunda generación.

los nuevos guardianes de la barriada obrera». Ejerciendo su poder y su violencia no contra la sociedad que los margina sino «contra sus hermanas y las chicas en general», desde el único lugar que se sienten capaces de dominar y controlar: el barrio.

La indignación de las mujeres ante el cúmulo de agresiones por parte de los jóvenes de su comunidad y la indiferencia de la sociedad ante esta situación las impulsa a expresar su malestar y plantear su protesta fuera del recinto del gueto, y para ello organizan unos «Estados generales de las mujeres de los barrios» en enero de 2002, que dan lugar después al manifiesto «Ni putas ni sumisas», título del libro que nos ocupa, y cuyo texto figura en un anexo de la edición española.

En él se denuncia de manera directa «el sexismo omnipresente, la violencia verbal y física, la sexualidad prohibida, la violación en su versión moderna de violaciones colectivas, el matrimonio forzoso, la fratría guardiana del honor de la familia o de los barrios», etc.

Como consecuencia de todo lo anterior se produce una movilización que culminará con «la marcha de las mujeres de los barrios por la igualdad y contra el gueto» que parte de Vitry-Sur Seine el 1 de febrero de 2003, y llega a París el 8 de marzo del mismo año.

El mérito de la autora del libro consiste en dar voz a esa valiente asociación de francesas de origen árabe que luchan contra el retroceso de sus derechos pero sin olvidar la condición de marginalidad de la población de la *banlieu* en el seno de la sociedad del bienestar. No sólo denuncia una situación insostenible para «las chicas» sino que plantea líneas de reflexión para que la convivencia en una república laica pueda llegar a ser una realidad.

Fadela Amara señala reiteradamente que *Ni putas ni sumisas* «tiene la voluntad de trabajar para que algo se mueva en las barriadas obreras, para que la ley del más fuerte y la *omertá* que la acompaña se erradique para siempre jamás de los barrios y sean sustituidas por los valores republicanos».

Como consecuencia, entre otros factores, de estas acciones, fue promulgada (en marzo de 2004) una ley que regulaba la exhibición de signos que revelasen la pertenencia a cualquier religión en los espacios públicos. En la práctica esto conlleva establecer espacios de libertad para estas mujeres, al menos en el ámbito de las instituciones (colegios, hospitales, Administración, etc.).

Lamentablemente las advertencias de la autora de que algo iba mal en la sociedad francesa fueron desoídas, como si de una moderna Casandra se tratase. En el lapso de estos últimos 15 años aproximadamente, el sentimiento de exclusión con respecto a la Nación francesa ha ido adquiriendo nuevas modulaciones cuyas pistas podemos seguir a través de las metáforas. Si en un primer momento las aspiraciones de los marginados se expresaban comparando a Francia con «una motocicleta cuyo motor funciona con mezcla», indicando así su voluntad integradora, en la actualidad lo que se manifiesta es la rabia y los deseos de estos cachorros excluidos de poner a la nación en su sitio: «Francia es una furcia, no pares de tirártela hasta dejarla agotada», según la letra del conocido rapero, Monsieur R.

Esto explicaría que las reivindicaciones políticas –en sentido estricto– pasen a un segundo plano y se trate ahora de socavar los puntales de la República atacando la propiedad privada (quema de vehículos) y, lo que es más preocupante, a la escuela republicana, máquina maravillosamente eficaz para fabricar igualdad; dejando a los participantes en la revuelta desde esta perspectiva a los pies de los fundamentalismos, sean éstos de derechas (Le Pen) o islamistas.

Europa no debe dejar pasar la oportunidad de aprender de la tragedia de Francia. Pero no nos engañemos pues, como señala Amelia Valcárcel en su excelente prólogo a la edición española de *Ni putas ni sumisas*, «Cuando las mujeres se resienten es que el cuerpo social está enfermo».